

DICTADO DE LA B Y DE LA V

La luna se asomaba entre las nubes, y bañaba de plata helada las ramas de los robles. Un espeso silencio sostenía hoy la bóveda del cielo, la arcada de agua negra que se comba mansamente sobre el valle. Al final de los robledales, cerca de la collada, nacía un camino. La senda del rebaño se arrastraba monte abajo entre cercados de piedra y claros de tomillo.

Algunos niños del grupo, asustados por la oscuridad, gemían lloriqueando, mientras que otros, los que se creían más valientes, se burlaban. Hacían crugir las ramas secas de los árboles para asustar a los más pequeños y reírse entre ellos mostrando así que no tenían miedo y que sabían ser unos hombres, unos varones de verdad. Sin embargo, fueron estos los que más se asustaron cuando, de repente, apareció una luz brillante que cortó en seco todo el bullicio que habían formado los supuestos valientes.